

Crónica de un viaje de bodas

Martha Eva Rocha

María Teresa León de Martínez, *Cartas*, transcripción y prólogo, Guadalupe Lozada León, México, Breve Fondo Editorial, 1996.

La correspondencia epistolar fue el género femenino más socorrido previo al vertiginoso desarrollo tecnológico que inhibió en las personas el gusto por escribir. La carta femenina es fuente inapreciable para dos áreas relativamente nuevas en la historiografía: la historia de la familia y la historia de las mentalidades. En la carta personal apreciamos la libre voluntad de quien la escribe en una prosa rápida, coloquial y alejada de formalismos; particularmente en las de autoría femenina advertimos una espontaneidad narrativa en cuanto a los asuntos que tratan, casi siempre de índole privada. Todo cabe en una correspondencia femenina: las preocupaciones más constantes, las emociones más íntimas, las noticias compartidas; hasta la anécdota social. Se trata de un registro de vida cotidiana que no tiene parangón.

Las cartas personales nos permiten oír las voces de mujeres en el pasado y reflexionar sobre ellas y su mundo. Al adentrarnos en su lectura es necesario “desechar constantemente el falso sentimiento de familiaridad con el pasado y es conveniente recibir electrochoques culturales. Los otros no piensan como nosotros. Si deseamos comprender su pensamiento debemos tener presente la otredad”.¹

El conjunto de nueve cartas que escribe Teresa León, una joven de

18 años, recién desposada con Manuel, un viudo millonario de 38 años, constituye la crónica del viaje de bodas que realizaron por Europa, Egipto y Tierra Santa durante aproximadamente tres meses. Las cartas inician en París el 19 de febrero de 1897 y concluyen en Damasco el 5 de abril del mismo año. Un siglo ha transcurrido desde que fueron escritas hasta el momento en que llegan a los lectores de Breve Fondo Editorial.

Nos acercamos a un texto que no fue escrito pensando en un público lector, que no surge de la pluma de quien tiene el oficio y que, sin embargo, debió ser estimulante tanto para la autora de las cartas como para sus escuchas: sus padres, a quienes primero dirige la correspondencia, sus hermanos, familiares y amistades con quienes quería —seguramente— compartir sus múltiples vivencias, además de que escribir era como continuar en casa: la correspondencia intercambiada mitigaba los momentos de tristeza provocados por la reciente separación del núcleo familiar.

¿Qué recuperan las cartas? Las vivencias de la protagonista, una joven burguesa que en el momento de casarse hacía ya diez años que vivía en Nueva York con su familia. Las narraciones que emergen de la pluma de mujeres burguesas al finalizar el siglo pasado nos remiten de entrada a la caracterización que Carmen Ramos ha hecho de las “señoritas porfirianas”: “Un estereotipo de mujer recatada, de modales muy mesurados, de expresión pausada y gesto sumiso, que llevan el cabello recogido y la falda larga, en

una actitud que se antoja tal vez monjil.”²

A la mujer se le explica y se le define por su ubicación en el ámbito familiar, y es precisamente en las familias burguesas donde los papeles masculino y femenino están más claramente delimitados. Virgen hasta el momento del matrimonio, a la mujer se le educa para cumplir con ese vínculo desde que nace, esposa y madre como la misión primordial en este mundo; para ello se le predica y exige sumisión, abnegación, desinterés por el mundo de la política, por las cuestiones sociales en el espacio público y reclusión en el ámbito doméstico como el único donde puede expresarse plenamente. Encargada de reproducir este esquema de valores, se le prescriben actividades de acuerdo con su posición social, edad y condición. Cuando niñas se les prepara en los conocimientos propios de su sexo. Aprender a cocinar y labores de mano, instrucción religiosa, tocar el piano y hablar inglés o francés eran conocimientos importantes en la educación del “bello sexo”.

¿Qué tanto se apega al estereotipo de “señorita porfiriana” María Teresa León, autora de las cartas? ¿En qué medida este estereotipo corresponde a lo que ella vivió en su cotidianidad? Sin duda su escritura tiene la factura de una señorita porfiriana que, más que escritora, la imagino una gran conversadora, ágil de mente, centro de atención en las reuniones o tertulias, inquieta y ávida de disfrutar “todo” desde su muy particular posición de clase, papel femenino y condición de recién casada, lo que explicaría en

parte por qué su escritura refiere un mundo donde todo parece increíble, fabuloso. Sus emociones más íntimas no las traslada al papel: “vamos bien, muy contentos y admirados de todo lo que vemos”; expresiones lacónicas que advertimos entre líneas pero que denotan sentimientos de gusto y felicidad ya que todo era complacencia. Durante la primera travesía marítima que los llevó hasta el puerto de El Havre tiene la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos de francés. Leemos en la primera carta:

Yo quisiera que me oyeran hablar francés. En el vapor tenía conversaciones enteras con las personas con quien hablaba; aquí en el hotel, lo mismo. En fin, parece que soy francesa. ¿De dónde saco tanta palabra?, es lo que me admira, pero todavía no ha habido cosa que no pueda pedir y hacerme entender bien.³

Las cartas de María Teresa León son el relato de un viaje “increíble”, como lo califica la autora, y la narración es el recuento de experiencias de una joven que realiza el viaje en condiciones por demás halagüeñas, un largo viaje de placer que pocos mexicanos podían realizar; los viajes al extranjero en el siglo pasado no eran ni tan comunes ni tan frecuentes, “los mexicanos viajan poco y los que viajan no escriben ni publican sus impresiones o sus recuerdos”, se lamentaba Manuel Altamirano en 1882. No son muchos los testimonios publicados sobre viajes al extranjero, señala Cecilia Olivares en las crónicas de viaje de Enriqueta y Ernestina Larrainzar, uno de los contados libros de viajes escrito y publicado por mujeres en México durante el porfiriato.⁴

El relato de María Teresa nos

adentra en las maneras de viajar de un sector de la burguesía mexicana. Turistas que, aunque desde su partida llevarán todo organizado, viajar en esa época constituía una gran aventura. El texto es una instantánea que captura un momento en la vida de esta pareja de enamorados; en la narración de Teresa reconocemos cómo se expresa culturalmente lo femenino en los sectores conservadores de clase alta, cómo se van modelando una sensibilidad y un gusto que se vuelven lugares comunes e identifican los intereses y las aspiraciones de determinados grupos de la élite porfiriana.

Vivir fuera del país le permitió adquirir cierto cosmopolitismo que, sin embargo, no estaba divorciado de un sentimiento patriótico en lo que a costumbres se refiere. Que su adolescencia transcurriera en Nueva York nos hace pensar en una mentalidad más abierta, aunque su papel social se expresa subordinado a la vez que asumido a la autoridad masculina. Se admira, por ejemplo, de que sean mujeres las acomodadoras en los teatros, de que la banda que tocaba afuera del museo Grevin en París la integran mujeres, de las mahometanas que ocultan el rostro bajo un velo, de las mujeres de la nobleza árabe que no pueden dejarse ver en las calles y salen en carros cerrados. De su estancia en El Cairo registra que después de muchos ruegos consiguió que su esposo saliera a “divertirse a un café cantante a ver bailar el *conchée-conchée*, pues siempre a los hombres les gusta ver todo eso”. La separación de los sexos y la asignación de éstos en los espacios público y privado lo asume como algo natural; no hay un cuestionamiento a partir de lo cultural.

¿Qué es entonces lo femenino que advertimos en su escritura? ¿qué es un viaje cultural para ella?

Llevar un registro detallado de sus vivencias, de los distintos lugares que iban visitando; describir lo que llamaba su atención, todo lo que veía, ya que todo era importante. Las narraciones de María Teresa en sus cartas son de un realismo sorprendente que poco dejan a la imaginación; sin duda buscaban transportar a los destinatarios de la correspondencia a los lugares que ella les describía. Que la distancia no fuera obstáculo para disfrutar y compartir con ella como si también estuvieran presentes. Junto con las cartas enviaba las guías turísticas adquiridas en cada uno de los museos o monumentos visitados. Las guías turísticas se vuelven importantes para el viajero en tanto señalan los puntos de interés y luego los panoramas; “trazan, lo mismo que la prensa que presta atención a lo pintoresco, una nueva propedéutica de la mirada, muy pronto estimulada por el descubrimiento de la instantánea fotográfica”.⁵

Escribe María Teresa en otra de sus cartas: “Les he contado cuanto he podido de este Versalles incomparable, pero tengo un librito que compré ahí que es una especie de guía y explica todos los cuartos.” Para no olvidar lo que sus ojos admiraban continúa: “por supuesto que yo me armé de lápiz y papel y tomé los datos más interesantes, el guía te da un *lecture* completo”.

Las páginas de la correspondencia guardan también las impresiones de su visita al museo Grevin. “En los subterráneos están los horrores de la Revolución; por el contrario, la Exposición de París de 1878 es preciosa y sobre todo el cuadro de la coronación del zar de Rusia es espléndido.” Sus observaciones pasan por el tamiz de una moral conservadora y clasista, al expresar su profunda admiración hacia el mundo europeo; la sun-

tuosidad que allá encuentra la embelesada. Lo mismo las descripciones de los museos, pletóricos de objetos y obras de arte, que los edificios, los hoteles, las tiendas, los restaurantes y las obras de teatro a las que asisten son recogidas en estas páginas. Un breve comentario la muestra sentimental y romántica al estilo decimonónico: "La obra acaba muy bonito pues en lugar de morir-se como siempre sucede, se contenta con su marido y es muy feliz."

En su prosa lo mismo emplea palabras en inglés que en francés: así, *garçon, address, tickets, lunch, cranky*, que vocablos mexicanos ya en desuso: las chácharas, la cuelga, las petacas, el regateo, la friolera, entre otras. Su referencia para situar su relato es siempre Estados Unidos; las comparaciones que hace con México son mínimas y más bien provienen de los comentarios de Manuel. Todo lo disfruta ampliamente y son reveladoras las descripciones de las compras:

En la tarde fuimos al *magazin* del Louvre pues quería comprarme una capa para el vestido negro. No pueden figurarse cómo estaba este inmenso edificio el lunes pues había una venta de guantes de lo cual me quedé espantada, pues los guantes hasta arriba, que en Nueva York cuestan \$1.50, aquí son a 45 centavos; por supuesto, los chicos, más baratos. Hay cosas preciosas en esta tienda y todavía no les puedo decir nada, porque apenas he visto el tercer piso donde compré la capa, y el primero al entrar. Mi capa es una divinidad; la escogí después de que me habían enseñado 15 o 16 diferentes. Es, naturalmente ya de primavera; de muselina de seda negra, todo lo de abajo muy plegado y, en los

hombros, en ahuevados. Lo de encima es de seda guinda cubierta de tul con lentejuelas y en el cuello, tul muy plegado con un lazo muy grande atrás y otro enfrente, forrada toda de seda negra. Es preciosa y se ve, con el vestido negro, *fine*.⁶

Los viajes turísticos al finalizar el siglo pasado ya incluían nuevos itinerarios. El Oriente: Egipto, el Bósforo, Siria, Palestina, que también se programaban para jóvenes parejas en "luna de miel". El viaje seguía siendo una peripecia, proporcionaba al turista una colección de recuerdos cuya importancia apenas si cabe hoy imaginar. El viajero inquieto y aventurero buscaba también las excursiones que lo enfrentarían a escenarios grandiosos y paisajes caóticos, culturas enigmáticas y personas diferentes; así el turista viajero guarda algo simbólico de los lugares que visita como prueba testimonial de que se estuvo ahí.

Las aventuras en el Oriente incluyeron todos los medios de locomoción: el barco de vapor, los trenes, las embarcaciones por el Nilo, las travesías por el desierto y por los acantilados transportados en burros, caballos y camellos les permitió admirar la majestuosidad de las pirámides; en fin, todas las aventuras, episodios y anécdotas que vivió, así como las compras en tiendas y bazares quedan registradas en este minucioso diario de viaje:

Ayer nos fuimos a misa y de ahí a ver los primores de muebles turcos y egipcios que hay aquí. En un lugar adonde hay divinidades, caímos en la tentación de comprar un taburete turco con incrustaciones de nácar color de rosa y blanco, precioso y, ade-

más, un mueble para poner mi música, que aquí lo usan para poner el Corán y además un cuadro para dos retratos.⁷

Las constantes alusiones a los precios de obras de arte, monumentos, carruajes, se manejan como sinónimo de importancia. El valor de las cosas dimensionaba para ellos el verdadero valor del arte. Todo era divino en el Occidente europeo, frente al Oriente enigmático; de los árabes expresa que eran feos, no así de los palestinos, que le parecen guapos. Relata también el terror que le provocó enfrentarse con la pobreza: ver tanto árabe y turco que por unas monedas aparecían para cargar el equipaje la asustaba.

El papel masculino en el viajero significaba diseñar y seguramente decidir el viaje, ocuparse de las finanzas, del itinerario programado, contactar a las personas que los recibirían en cada lugar, contratar a los guías así como realizar los trámites aduanales y de envío de todas las compras realizadas; mientras Manuel se ocupaba de esto, María Teresa escribía.

El propósito de su escritura fue relatar hechos y sentimientos con la misma frescura y espontaneidad con que los vivió. La publicación de la correspondencia permite realizar varias lecturas. Una primera y más importante es la de la curiosidad y el placer; otra, la que intenté hacer como ejercicio intelectual, al considerar la correspondencia como un documento histórico que nos adentra en el mundo de una joven de clase alta que perteneció a su época y que refleja su escritura en sus creencias, sus preferencias y sus prejuicios: expresa lo que pensaba de su mundo y cómo lo vivía.

Notas

¹ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 12.¹

² Carmen Ramos Escandón, "Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910", en *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, p. 143.

³ *María Teresa León de Martínez,*

Cartas, Guadalupe Lozada León (pról.), México, Breve Fondo Editorial, 1996, p. 24.

⁴ Cecilia Olivares Mansuy, "Enriqueta y Ernestina Larrainzar, crónicas de viaje", en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac, *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1991, p. 319. Texeidor recupera el texto de Isabel

Pesado, *Apuntes de viaje de México a Europa en los años de 1870, 1871 y 1872*, París, Garnier, 1910, en Felipe Texeidor, *Viajeros mexicanos. Siglos XIX y XX*, México, Letras de México, 1939.

⁵ Philippe Ariés y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Buenos Aires, Taurus, 1991, vol. 8, p. 168.

⁶ *María Teresa León...*, *op. cit.*, pp. 25-26.

⁷ *Ibid.*, pp. 89-90.

El Zodiaco Mariano en la irradiación de nuevas luces

María Dolores Bravo

Francisco de Florencia y Juan Antonio de Oviedo, *Zodiaco Mariano*, introducción de Antonio Rubial, México, Conaculta, 1995.

Es innegable, dentro de la perspectiva histórico-literaria del siglo XVII novohispano, el hecho de que las grandes personalidades intelectuales son criollos y religiosos. A esto se debe la convergencia de que la textualidad de la época exprese los dos valores esenciales que rigen la mentalidad de tiempos de sor Juana: la religiosidad y la manifestación de una elaborada gama de rasgos de identidad que significan y distinguen la diferencia y la excelencia de su Nueva España. En un contexto que comprende la vida terrena en función de la trascendencia, es natural que para la exaltación de la tierra se busquen símbolos y representaciones que marcan a la patria criolla como una tierra de elección. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que no hay casi ningún escritor en el que no se manifieste, de una manera u otra, una sustantiva expresión en la que

aparezca un espacio novohispano y en la que no se exprese el designio divino de haber elegido a este territorio como tierra de promisión.

Dentro de la vastísima textualidad virreinal creada por criollos, ya sean poetas, historiadores, cronistas o predicadores y oradores, destaca un libro excepcional que inexplicablemente no se había vuelto a editar desde 1755. Me refiero al texto que hoy celebramos prologado de manera excelente por el historiador Antonio Rubial. Impreso por el también jesuita Juan Antonio de Oviedo medio siglo después de la muerte de Francisco de Florencia, Rubial otorga la coautoría al biógrafo de Núñez de Miranda al decir:

[Oviedo] corrigió el manuscrito, eliminó lo que consideró digresión, compendió algunas partes y agregó las narraciones de muchas imágenes de las que Florencia no había tenido noticia. Por todo ello se puede considerar al padre Oviedo como coautor del *Zodiaco* en su versión final (p. 19).

Francisco de Florencia, llamado por De la Maza el último de los "evangelistas guadalupanos", fue sin duda el más destacado escritor mariano de su tiempo; a él se debe el último y gran libro que fija definitivamente en la conciencia y en lo más profundo del afecto novohispano, la licitud de la aparición de la virgen de Guadalupe. No obstante, y además de ser la imagen del Tepeyac, junto con la de Los Remedios, el más importante culto del altiplano central, Florencia extiende la acción vivificadora de María por toda la Nueva España. En su *Zodiaco Mariano* recoge la advocación que cada uno de los obispos que componen el vasto territorio novohispano tiene por la Madre de Dios, para patentizar que en todos los rincones del reino se vive el culto a María. Ésta, la idea de la irradiación cósmica y luminosa, es precisamente la que guía al escritor: la gracia sobrenatural que la virgen desparrama en "los signos y casas propias" de Nueva España. La idea del zodiaco como recorrido del Sol por cada una de las casas astrales es usada por el también je-